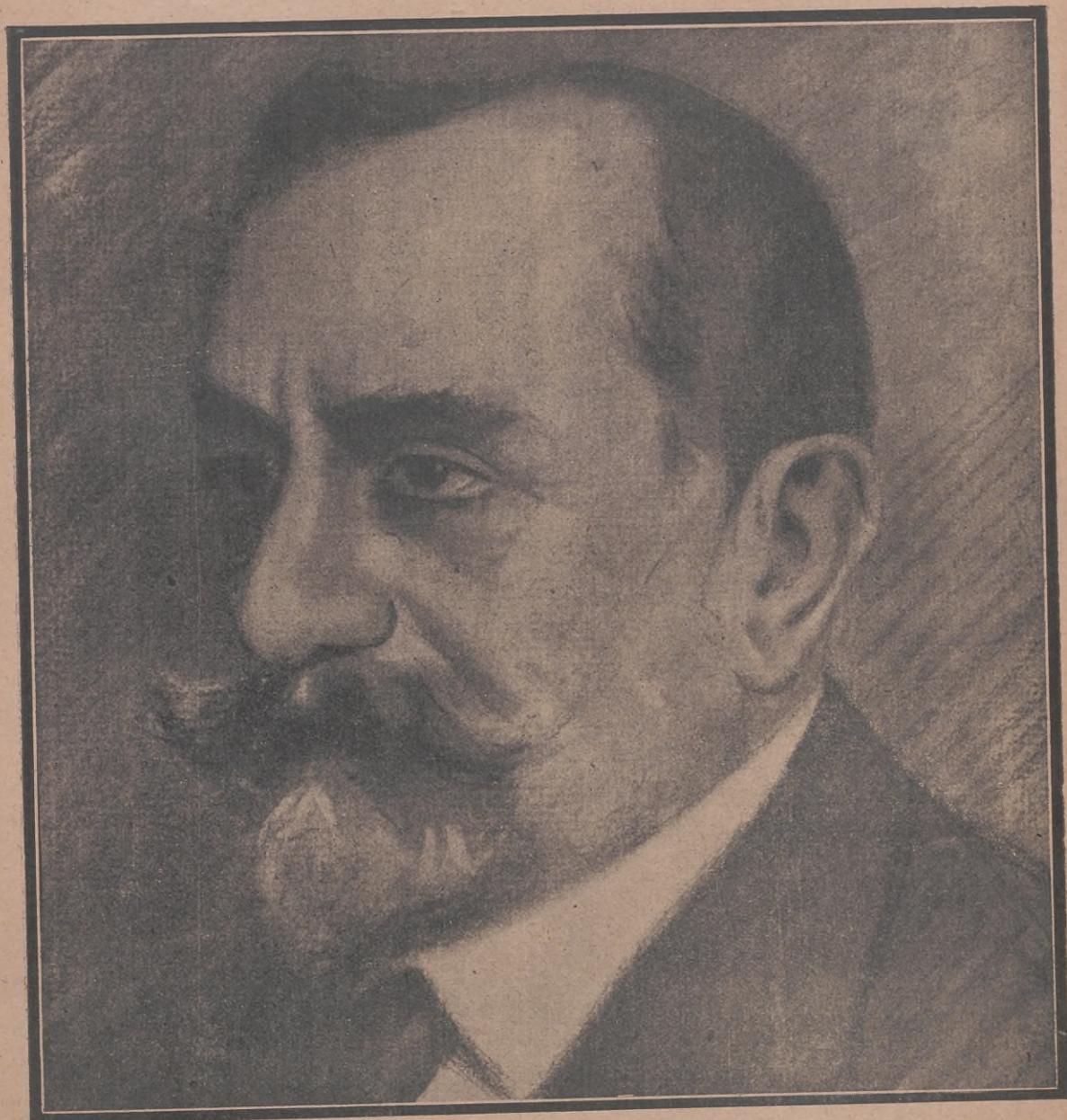


# SILUETAS

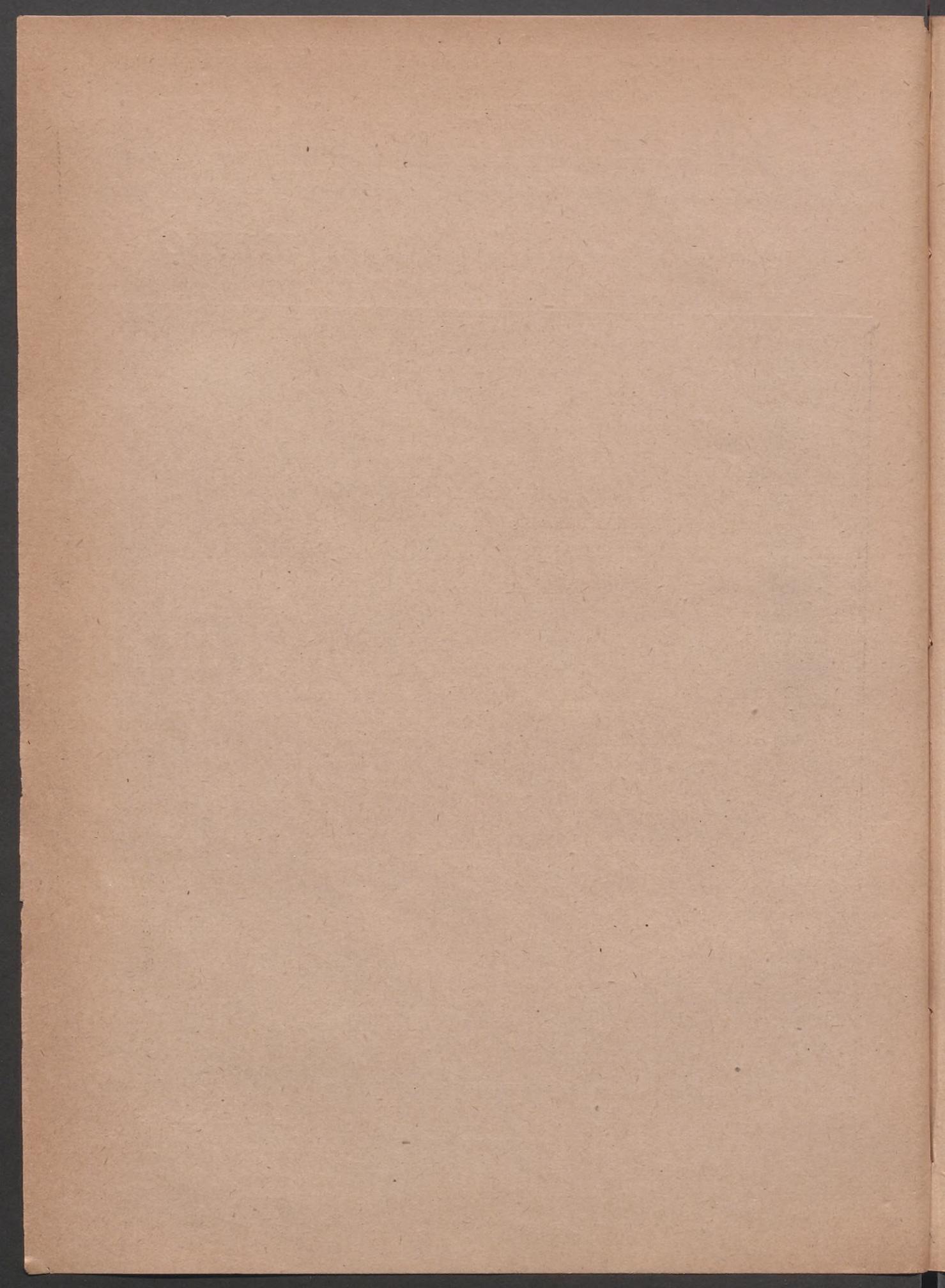
ROBERTO CASTROVIDO



*Dibujo de Monteserin.*

por VALENTIN DE PEDRO

Precio: 25 cénta



## ROBERTO CASTROVIDO

por

### VALENTIN DE PEDRO

#### Simpatía y popularidad

Con frecuencia vemos separados en el hombre, y más si ese hombre es escritor y político, los valores ideológicos y humanos. O dicho de otro modo: la inteligencia no tiene nada que ver con el carácter. Un escritor de estilo delicado y exquisito, suele ser un grosero; otro, de estilo rudo y áspero, es, a lo mejor, de carácter apacible.

El caso de Roberto Castrovido, de estilo diáfano, exaltado y simpático, como escritor, y de un carácter, como hombre, que corresponde exactamente a estas condiciones, es muy raro. Por eso se nos ofrece como una excepción.

—¿De dónde brota su simpatía incomparable y desbordante?

—De su espíritu desinteresado.

No hay ningún imán de simpatía tan poderoso como el desinterés. Y Roberto Castrovido tiene toda una vida de lucha desinteresada, batallando siempre por un ideal de justicia.

Así ha ido ganando diariamente un lugar predilecto en el corazón de todos los hombres. Amigos o enemigos políticos, conser-

van para Castrovido ese lugar. Porque no hay nada tan respetable como el saber mantener un carácter puro y fuerte, en un ambiente donde todas son impurezas y debilidades, como es el político.

Este es el secreto de su simpatía y de su popularidad.

¿Quién no conoce a Roberto Castrovido?  
¿Quién no le quiere?

Con sus muletas—hasta en la cojera de Castrovido hay algo de simpático—; su barba de cabecilla revolucionario, sus ojos inquietos y su voz chillona, acostumbrada a gritar las verdades, su silueta es popularísima en Madrid. Y creo que de él puede decirse esta frase suprema: «no tiene enemigos».

#### Un poco de biografía

Nació Roberto Castrovido en Madrid, en la calle de la Magdalena, esquina de Antón Martín, el 5 de enero de 1864. El sitio es bastante castizo. Y tiene Castrovido el espíritu ágil, zumbón y despierto del madrileño, y tiene a veces las mismas preguntas y el

mismo tono de voz desentonada de otro gran madrileño: Ramón Gómez de la Serna.

Pero Castrovido, a pesar de haber nacido en un sitio tan castizo y ser tan madrileño, deja asomar en su carácter otra procedencia: su padre fué riojano. Y la Rioja, con toda la firmeza y reciedumbre que da a los caracteres, está en él. Hasta sus facciones y sus barbas, son muy de riojano.

Se quedó huérfano de padre y madre a los nueve años. Su padre, que era un buen republicano de su época—conspiraciones y asonadas—, y que figuraba mucho en el Partido, al lado de Pi y Margall, Figueras, Salmerón y todos los grandes repúblicos, murió sin poder moldear el carácter de su hijo, cuando aun no había pensado en iniciarlo en los ideales políticos. Pero le dejó el ideal en la sangre de sus venas.

Estudió las primeras letras en el Colegio Internacional que tenía Salmerón en la calle Ancha de San Bernardo. Al morir sus padres, dió primero en casa de unas primas carnales y después en la de unos amigos, muy conocidos en el partido republicano: los Mestanza. Luego estudió el bachillerato y empezó la carrera de Derecho. No pudo terminarla. Bien pronto supo Castrovido de los dolores y sufrimientos. Pasó de una niñez acomodada, a una adolescencia menos grata, pero no desagradable, puesto que encontró apoyo y bondad. Fué en la juventud, al abrir los ojos a la realidad, cuando apuró el vaso de la amargura, que se ofrece a todos los que han de ganarse la vida por sus manos. El camino fué para él al principio áspero y duro, caminó sobre guijarros y espinas. Pero tenía valor y fé; tenía inteligencia y corazón, y la época de la lucha cruel pasó pronto.

Su vocación de periodista y republicano nacieron con él. Y en esa vocación encontraría la ocupación y la finalidad de su vida.

Sus primeros artículos datan de 1888, y fueron publicados en *La Avanzada*, de Barcelona, y *El Autonomista*, de Sans; dos semanarios republicanos de Cataluña, que propugnaban la doctrina federalista. Aquellos trabajos le dieron a conocer como periodista de grandes condiciones, el que más tarde llegaría a ser periodista insigne, y bien pronto

se destacó su prosa en las densas columnas de los periódicos de lucha, henchida de doctrina, fulgurante de pasión y de belleza, clara y persuasiva.

Esto hizo que un escritor ilustre—Coll y Puig—, figura preeminente del partido federal, se fijara en él y lo llevara a un periódico que dirigía en Santander: *La Voz Montañesa*, donde entró Castrovido de corrector. Allí estuvo siete años, hasta que murió Coll y Puig y los clericales se apoderaron del periódico. Intervino en ello el obispo. El hecho es, que con Coll y Puig murió *La Voz Montañesa*, pero pronto se dejó oír otra voz, *La Voz Cántabra*, periódico que fundaron los republicanos de Santander y cuya dirección confiaron a Roberto Castrovido. Esto ocurría en el año 1897.

### La República.—La Moral y Cuba libre

Es interesante, aunque breve, la historia de *La Voz Cántabra*. Nació al calor del ideal republicano. ¿Pero es que en Santander ha habido alguna vez republicanos? Sí; en aquella época florecía el partido federal en la ciudad cantábrica, que a nosotros nos parece tan recatada y tan amiga del orden y la austeridad. Pero todo se explica. Eran tiempos de descrédito para la Monarquía. Los partidos turnantes se encargaban de arruinar a España, mitad y mitad, que a todo hay quien compartía, y más si se trata de sacar provecho.

Toda conciencia honrada se levantaba como una protesta; y al protestar del desgobierno, protestaban del régimen, y al protestar del régimen se hacían republicanos. Pi y Margall era la encarnación de toda austeridad.

Según parece, fué esto y no el liberalismo que entraña la doctrina republicana, lo que hizo florecer el republicanismo y lo que hizo de Santander, ciudad recatada y católica, un importante cantón federal.

Pero allí apareció Castrovido para ponerlos a prueba. Y aunque *La Voz Cántabra* dió notoriedad y prestigio a D. Roberto en toda España, pues en su dirección desplegó toda su

talla de gran periodista y descubrió toda la honradez de su conciencia y su fidelidad a la doctrina liberal, *La Voz Cántabra* vivió una vida corta y accidentada.

¿Por qué? Uno de los motivos, y el primero, es gracioso. Gracioso e insospechado. Porque nadie dejará de asombrarse al saber que una de las cosas que mataron a *La Voz Cántabra* y al republicanismo, en Santander, fué un soneto de Joaquín Dicenta.—¡Cómo!— Sí. Castrovido anunció la salida del periódico, y pidió a un amigo de Madrid que le enviase colaboración de escritores de la Corte. Entre los trabajos que recibió figuraba un soneto de Dicenta, que fué, junto con las demás colaboraciones recibidas, en el primer número.

—Era un soneto sin importancia—dice Castrovido—, pero erótico, de un erotismo que a la gente le pareció inmoral.

Pues en una cosa tan pequeña y sencilla como un soneto puede haber mucho más que los catorce versos. ¡Y tanto! Aquel soneto, en aquel primer número de *La Voz Cántabra* fué una losa que difícilmente levantaría nadie. Se armó un revuelo espantoso. Dieron al soneto una trascendencia que no tenía, pues mal podía haber premeditación cuando Castrovido lo había publicado sin leerlo. Hubo numerosas protestas. Aquellos republicanos estaban de acuerdo con Platón en lo de expulsar a los poetas de la República. Empezaron a mirar a Castrovido con recelo y a escudriñar en su vida en busca de lo pecaminoso. Ellos eran republicanos; pero muy decentes y muy morales. A esto le dieron mucho aire en los púlpitos y en los confesonarios, y las señoras llegaron a santiguarse al paso de don Roberto, como si se tratara del propio Diablo Cojuelo redivivo.

Pero no pararon aquí las desventuras de *La Voz Cántabra*; pronto vino otro motivo más serio a atentar contra su vida. Eran días de dolor y tragedia para España. Eran los días en que se perdía Cuba. Roberto Castrovido, fiel a su doctrina, defendía la política de Pí y Margall, es decir, el reconocimiento de la independencia de Cuba.

Lo que pasó entonces fué más grave. En Santander había mucha gente vinculada con

Cuba, que tenía allí negocios o intereses. La actitud de Castrovido, sirviendo a sus ideales, ocasionó una revuelta en la ciudad, que alcanzaba a muchos hombres del partido republicano, los cuales, al ver que la República no estaba muy de acuerdo con sus intereses, le volvían la espalda. Desertaban en núcleos. Castrovido pudo contar con los dedos de una mano a los únicos hombres que no le abandonaron en aquella ocasión.

Ante los serenos razonamientos de Castrovido crecía la indignación, y un día la multitud asaltó el periódico al grito de. «¡Viva Cuba española!»

La actitud de Castrovido en esta ocasión sirvió para definir claramente un espíritu y un carácter. Estar con la idea más que con los correligionarios. Ser amigo de Platón; pero ser más amigo de la verdad. Ser un hombre idea. La antítesis de un hombre-interés, como son casi todos los que nos tropezamos por el mundo.

Hombres así son los que hacen la grandeza de una idea o de un partido. El sacrificio de la idea al éxito circunstancial es el origen de la decadencia de todo partido o toda doctrina.

### Proceso y detención

Volvió Castrovido a Madrid, después de su actuación en Santander, y por mediación de Nakens entró de redactor en *El País*, siendo director Ricardo Fuente. Escribía entonces en *El Pueblo*, de Valencia. Uno de sus artículos tuvo la virtud de indignar al general Moltó—capitán general de aquella plaza—, quien pidió su detención inmediata y su conducción a Valencia. Por cierto, que hubo en aquella detención una anécdota picante.

Vivía Castrovido, con una hermana suya, en la calle Ventura de la Vega, y allí cerca, en la de Lope de Vega, vivía D. Norberto González Auriolos, redactor de la *Correspondencia de España*, jefe del personal de Obras públicas y hombre ministerial.

La detención fué encomendada a un teniente de la Guardia civil, que equivocó la calle o se la hizo equivocar un sereno.

—Oiga usted; ¿vive por aquí un periodista que se llama Roberto?...

—Sí señor; aquí—se apresuró a contestar el sereno.

Y con llamadas intempestivas y grandes voces, hicieron levantar a D. Norberto González y su familia.

—¡Que se vista usted en seguida y que salga, que tenemos orden de detenerle y llevarle a Valencia!...

Se puso en conmoción toda la casa, hicieron pasar al teniente de la Guardia civil.

—¡Eso es una equivocación!

—¡Pero si no puede ser!

—¡Virgen María!

—¡Ave María Purísima!

Y tras el consiguiente susto, todo se puso en claro. Salió de la casa el teniente de la Guardia civil, después de pedir mil excusas, y temeroso de una nueva plancha, esperó a que amaneciera, refugiándose en casa de la Concha. Y en las primeras horas de la mañana detuvo a D. Roberto Castrovido.

### La conducción a Valencia

Castrovido tiene siempre palabras de agradecimiento para D. Aquilino Fernández, que así se llamaba el teniente de la Guardia civil hoy teniente coronel, que lo detuvo y condujo a Valencia.

Hasta tal punto fué caballeresca su actitud, que lo llevó en segunda y en tal forma, que sus compañeros de viaje no se dieron cuenta de que iba detenido. Pero este incógnito duró sólo hasta Fuente la Higuera. Al llegar el tren a esta estación, un hombre, que parecía buscar a alguien ávidamente, metió la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Usted es Roberto Castrovido?

—Sí, señor; soy yo.

Entonces aquel hombre, súbitamente enardecido, se quitó el sombrero y dió un estentóreo grito de:

—¡Viva la República!

Como movidas por un resorte, las gentes que acompañaban a Castrovido en el vagón

de segunda, se levantaron alarmadas, y por primera vez sospecharon que aquel viajero no iba por su gusto con el teniente de la Guardia civil.

Siguió el tren, y aquel hombre de Fuente la Higuera se quedó en la estación dando gritos:

—¡Viva la República!

—¡Viva D. Roberto Castrovido!

\* \* \*

Luego, a medida que el tren se iba acercando a Valencia, aumentaban los correligionarios; al paso por las estaciones, arreciaban los gritos—se vitoreaba a la República, a Castrovido, a Blasco Ibáñez y a Rodrigo Soriano—y crecía el pánico de los viajeros que iban en el tren.

La llegada a Valencia fué una apoteosis. Todo el pueblo republicano, enardecido por la palabra vibrante de Vicente Blasco Ibáñez, esperaba a Castrovido en la estación, que estaba tomada militarmente. Se acercó al vagón donde éste venía un piquete de la Guardia civil, y, rodeado de civiles, emprendió el camino a la cárcel. Las calles por donde pasaba estaban llenas de gente, y una multitud le seguía. Se le aclamaba con entusiasmo, y entre los gritos de la multitud sonaba uno, especialmente, unánime y ensordecedor, y que lo proferían con una mezcla de conmiseración hacia él, y de indignación con los guardias:

—Coxet... Coxet... Coxet...

Es lo que oía Castrovido, un poco asombrado y un mucho aturdido. Era una especie de piedad maternal de todo el pueblo por su cojera.

Al llegar junto a la cárcel tuvo que salir un nuevo piquete de guardias y simular una carga para que la multitud no les arrebatara el preso.

Así entró D. Roberto Castrovido en la cárcel de San Gregorio, de Valencia.

## En la cárcel

### Dos anécdotas

Su detención duró muy poco tiempo: Sólo ocho días.

El cura de la cárcel, conecedor de las ideas subversivas de D. Roberto, y como éste no iba a misa, decidió ir él a verle en su celda.

—Y era curioso—dice Castrovido—que aquel cura, para catequizarme, usaba un lenguaje más revolucionario que el mío. Y cuál no sería mi asombro al oírle exclamar, casi congestionado:

—¡Sí, señor, aquí está haciendo falta una revolución! ¡Así no se puede vivir! ¡Es preciso que corra la sangre! ¡Y correrá! ¡La sangre ha de llegar hasta aquí!

—Estábamos en un quinto piso—agrega Castrovido—. Y yo miraba estupefacto a aquel cura, imaginándome la altura que tenían que tener las olas de sangre para llegar hasta donde estábamos nosotros. Pero no consiguió que yo oyese misa...

\* \* \*

—Me ocurrió otra cosa—cuenta Castrovido—que no se me olvida nunca, por el fin trágico que tuvo uno de los actores. Tenía yo que atravesar el patio de la cárcel todas las mañanas para declarar. En ese patio jugaban quincenarios y condenados por delitos comunes, casi todos muchachos jóvenes. Los vigilaba un ayudante, llamado Martínez, que, con un vergajo en la mano, era aficionado a dar golpes a diestro y siniestro. El primer día, al ir yo a pasar, como los muchachos interceptaban el paso, blandió el vergajo y fué a golpear a uno; yo levanté la muleta, paré el golpe y pasé. Al día siguiente, al presentarme en el patio, fuí objeto de una ovación. Al primero que le extrañaron aquellos aplausos y aquellas muestras de simpatía fué a mí. Entonces me explicaron que aquello obedecía a que el día anterior había evitado que pegaran a uno de los detenidos... Luego, todos los días me hacían una manifestación.

—Me acuerdo de esto—continúa Castrovido—, porque pasado algún tiempo cruzaba

yo una calle de Valencia, en la que había un urinario. Estaba allí el ayudante Martínez, y por detrás de la chapa se alargó un brazo y le clavó un estilete en el corazón. Cayó muerto y no se supo nunca quién fué su matador.

### La otra vez que estuvo preso

Sólo otra vez ha estado preso Castrovido. Fué en Madrid, condenado a dos meses por la ley de Jurisdicciones. Pero no estuvo más que quince días, porque le indultaron. Este caso es un ejemplo del aprecio y respeto que ha merecido siempre la persona de Castrovido: el juez militar le dijo que se fuese solo a la carcel, y solo se fué. Y cuando se firmó su indulto, el entonces ministro de la Guerra, D. Fernando Primo de Rivera le dijo a Valde-rama, el juez militar, que ordenase su libertad para aquella misma noche.

Y Castrovido comenta:

—Me acuerdo que, después de tocar retreta en la cárcel, su director, Salillas, me dijo: «Vaya a dormir, y mañana, ya indultado, a la calle.» Me dormí, y a las diez me despertó y me dijo: «Vístase, que hay orden de ponerlo en libertad esta misma noche.» Los empleados decían: «¡Qué influencia debe usted tener con el ministro!» Y yo no le conocía. Hay más: murió sin que le conociera.

### Amor y matrimonio

En un momento de popularidad, en la bella Valencia, cuando la pasión por un ideal político encendía los corazones, en un ambiente caldeado de entusiasmo, llegó para el hombre, en la madurez de su vida y de su talento, el aliento vivificante del amor.

Roberto Castrovido conoce a la mujer que será su esposa y su compañera de toda la vida. Dicen que los hombres que luchan por un ideal, y cuyo pensamiento se eleva sobre el plano de lo vulgar, tienen suerte con las mujeres. Allá la teoría y quienes la experimenten. Nosotros, atentos a la historia de

su vida, hemos de decir que Roberto Castrovido encontró en Valencia una mujer bella y santa, que supo comprenderle y amarle, y que ha puesto nueva luz y alegría en su vida.

¿Hemos de decir que la vida de este luchador podría santificarse? ¿Es que hay muchas fuentes de bondad como las suyas? ¿Dónde una conciencia más honrada?

Castrovido encontró la mujer admirable, capaz de compartir sus altas virtudes.

Volvió a Madrid. Y desde Madrid se casó por poderes.—¿Por qué?—Para evitarse la ceremonia de la iglesia. Para no tener que oír las monsergas del cura. Porque para amar a una mujer y ser feliz, no necesitaba bendiciones ni recomendaciones de ninguna clase.

Como Castrovido había sido procesado muchas veces, y cada vez que procesan piden de oficio la partida de bautismo, el cura de la parroquia de San Sebastián había tenido que sacar muchas partidas de bautismo de Castrovido. Cuando éste fué a sacarla para casarse, el cura le dijo, sorprendido:

—¡Hombre! Gracias a Dios que le conozco a usted. Es usted el hombre de quien más partidas bautismales me han hecho sacar.

Entonces Castrovido le explicó que era periodista y los motivos de aquello. Así se entabló un diálogo, en el cual el cura, puesto ya en el camino de la confianza, le preguntó:

—¿Pero cómo no va usted a casarse a Valencia? Está usted bien y nadie se lo impide...

—Verá usted—le contestó Castrovido—es por un pequeño escrúpulo.

—¿Cómo?

—Por no ir a la iglesia.

El cura, aterrado, se llevó las manos a la cabeza, y luego, señalándole, acusador, repetía:

—¡Ah! Es usted arriano... Es usted arriano...

Para aquel buen hombre todos los que no querían nada con la iglesia eran sectarios de Arrio.

—¿Pero qué dice usted, hombre?

—Sí, señor; ¡arriano!... ¡arriano!...

Y Castrovido no tuvo mas remedio que reirse.

Bueno. Lo importante es que se casó, y al día siguiente llegaba su señora a Madrid.

Pocos hogares tan felices como el de Castrovido. En su pisito humilde de la calle de San Marcos, la vida se ilumina con un resplandor de felicidad. Hoy, dos hijos ya mayorcitos—una niña y un varón—, alegran sus días, y son nuevos motivos de ilusión. Se respira allí una salud de alma contagiosa, y nos parece que reposamos a la sombra de un gran árbol, ese gran árbol, frondoso y acogedor, que es Roberto Castrovido. La bondad en el hombre es como la sombra en el árbol.

### Pero volvamos a la historia...

A poco de volver de Valencia, D. Roberto Castrovido se hace cargo de la dirección de *El País*, en 1903. Durante diez y ocho años, hasta 1921, ha dirigido ese periódico, con un fervor continuo y un entusiasmo que no ha decaído nunca.

Sus artículos de *El País* constituyen la mejor ejecutoria de un espíritu liberal y republicano, sin vacilaciones y sin concesiones, frente al desenvolvimiento de la historia de España durante ese tiempo.

Mientras dirigía *El País*, hay una época que basta por sí sola para reconocer el temple de su espíritu: es en el año de 1909, durante los meses trágicos y angustiosos de agosto a noviembre, cuando la cobardía y la reacción hicieron presa en todos los espíritus y el pueblo dejaba que se fusilase impunemente en Montjuich.

Castrovido no vaciló un momento en ponerse de parte de la justicia y en salir día a día en defensa de los fueros del derecho y la civilización, defendiendo con una clarividencia y una valentía ejemplares, a los miles de detenidos que había entonces en Barcelona.

Fué uno de los pocos que no dejó apagar su lámpara en aquella noche de la conciencia colectiva, cuando todos cerraban los ojos amedrentados y dejaban hacer.

Esto hace que, más que como republicano, le consideremos y respetemos como un vigía de la libertad humana y de los derechos del hombre.

## El café

Como buen madrileño, y de su generación, D. Roberto Castrovido tiene una especial predilección por el café. Un poco por comodidad y otro poco por afición. La fortuna no le ha favorecido permitiéndole tener una casa fastuosa o por lo menos absolutamente cómoda, y se refugia en el café. En el café están escritos todos o casi todos sus artículos admirables. Busca los rincones confortables y silenciosos; en ellos, por la mañana lee la prensa, a la hora del *vermouth* y por la tarde, después de media tarde, escribe.

Siendo el café un poco el hogar de todos, allí recoge Castrovido los ecos de la vida ciudadana, y por eso sus artículos tienen siempre las pulsaciones de la calle, hay en ellos como un latido de la entraña popular. Es un escritor del pueblo.

Nosotros nos complacemos en evocar su silueta en uno de estos antiguos cafés madrileños de largos asientos afelpados, en cuyas mesas de mármol se han deshojado tantas ilusiones y tantos ideales; donde se fraguaban las conspiraciones en los años de auge y de triunfo del republicanismo, donde más de un poeta ha rimado sus ensueños y por donde han pasado tantas parejas de enamorados que se arriman más de lo que conviene frente a la mirada condescendiente y afable del camarero.

¡Cuántas cosas verá surgir Castrovido en los espejos de estos viejos cafés madrileños! ¡Cuántas escenas de esta inacabable tragedia-comedia de la vida; cuántos rostros amigos, que ya sólo se ven en los espejos del pasado!... Y aquellos momentos de honda emoción lírica, en los que podemos decir con el poeta:

«Todo se ve muy lejos...  
¿Somos nosotros  
mismos, o son otros  
los que nos miran desde los espejos?».

Castrovido, muy madrileño, muy pueblo, tenía que tener esta vinculación con el café, éste tenía que verse en su obra, como se ve

en la de otros grandes madrileños. ¿No es buen ejemplo *La losa de los sueños*, de don Jacinto Benavente, tan madrileña, tan impregnada de realidad y de emoción?

## El espíritu liberal

Roberto Castrovido es ante y sobre todo, un espíritu liberal y democrático. Atendiendo a los intereses y conveniencias del partido, es frecuente que todo político se olvide de las doctrinas que sustenta, y por eso, en determinados planos, y sobre todo en el ejercicio del poder, hay momentos en que se dan la mano el monárquico y el republicano, el liberal y el conservador.

Castrovido está libre de eso. Bien es verdad que nunca ha sido, ni lo es, un político al uso.

Podemos afirmar que el puro espíritu democrático y liberal, por ser patrimonio personalísimo, está fuera de los partidos. Todo partido tiende al triunfo, a crear su institución política, y entonces suele hacerse terriblemente conservador. Porque necesita defenderse, y cuando no le basta el derecho, estando la fuerza en sus manos, usa de la fuerza. Son los individuos los que han de infiltrar en las instituciones continuamente su espíritu liberal y democrático. Y Roberto Castrovido no solo ha ejercido esta noble función dentro del partido republicano, si no dentro de toda la órbita de la política española.

Sus artículos diarios, antes en otros periódicos, ahora en *La Voz*, tienen siempre esa altura y ese interés. Su pluma se mueve sólo por la Justicia; allí donde hay que desvanecer un error, o combatir un entuerto, o defender una causa justa, o enaltecer un hecho digno o una obra buena, allí está Castrovido. Y todo con un desinterés absoluto y una admirable buena fé. Este fondo romántico de su espíritu ni se enturbia ni se seca. Por eso hay tanta claridad, tanta jugosidad en sus artículos.

Castrovido es un autodidacta, un hombre inensable en la lectura, que tiene una mesa de trabajo llena de libros, de todos los libros

nuevos que salen y que le interesan, y que Castrovido lee con su avidez y su rapidez de hombre muy avezado a la lectura. Una vastísima cultura así formada, una memoria excepcional y una gran agilidad mental, son los elementos con los cuales se laboran sus prosas.

La decadencia del partido republicano, no ha influido para nada en la personalidad de Roberto Castrovido; por el contrario, ha contribuido a destacarla. Esto es interesante y confortador.

Hagamos un paralelo entre cualquier político audaz de su partido y Castrovido. Vemos al primero elevarse por medio de su astucia y sus desplantes declamatorios; le vemos aplaudido y ensalzado por la multitud, a la que no tiene ningún reparo en traicionar. Le vemos rendir al pueblo y a la fortuna con sus latiguillos de mal cómico.

En cambio, hay un hombre, recatado y pudoroso, lleno de virtudes y de inteligencia, que en una hoja diaria escribe su verdad y se esfuerza en dar claridad a la conciencia del pueblo y dignificar la vida ciudadana.

Lleva una vida de trabajo y estrechez; parece que nadie le hace caso.

Pero un día el político vocinglero ha alcanzado lo que apetecía; el pueblo se da cuenta de su juego y con su encumbramiento viene la decadencia del partido.

El que sigue incommovible, por encima del partido y los políticos que lo traicionan, es aquel hombre inteligente y honrado, que nunca ambicionó otra cosa que el triunfo de sus ideales. Al cabo del tiempo, sigue viviendo con su misma sencillez, su vida de trabajo. Pero ya todo el pueblo se ha fijado en él y ha ganado en la conciencia colectiva la consideración y el respeto que se merece. Ese admirable escritor político, ese republicano por amor a la democracia, es decir, al pueblo, y por el convencimiento de la bondad del liberalismo, espíritu vigilante de la libertad, es D. Roberto Castrovido.

El otro, el político audaz y declamatorio, que se ha encumbrado sobre las espaldas de su partido, haciendo doblar las rodillas a su doctrina, es... no, son muchos!..

FIN.

---

---

## “SILUETAS”

*dedicará su próximo número al prestigioso  
propagandista del sindicalismo*

**ANGEL PESTAÑA**

# SILUETAS

ARTE - POLÍTICA - LITERATURA - ACTUALIDAD

## Números publicados:

JOAQUIN COSTA

por Angel Samblancat.

INDALECIO PRIETO

por Torralva Beci.

SALVADOR SEGUI

por Salvador Quemades.

EL CARDENAL SOLDEVILA

por Felipe Alaiz.

## En prensa:

ANTONIO MAURA

por Felipe Alaiz.

JUAN DE LA CIERVA

por Angel Samblancat.

RAFAEL SALILLAS

por Roberto Castrovido.

MELQUIADES ALVAREZ

por José Rodríguez de la Peña.

FRANCISCO LAYRET

por Angel Samblancat.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

por Miguel Pascual.

# SILUETAS

dedicará uno de sus próximos números al ilustre abogado

**Francisco Layret**

vilmente asesinado en las calles de Barcelona, por los enemigos de la Verdad y de la Justicia. El texto para ese número es original de nuestro colaborador el culto escritor

**Angel Samblancat**

# La Novela Roja

que es la novela del pueblo,  
publica esta semana

## ODIO Y VIOLENCIA

Novela magistral, inédita, del culto escritor

**ANGEL ABELLA**

16 páginas • 20 céntimos

Oficinas: Alcalá, 177, Madrid

NOTA. — La colección de *La Novela Roja*, no debe faltar en la biblioteca de ningún revolucionario.

# Próximamente

aparecerá una gran revista que se titulará

## El Desnudo Artístico

cuyo director será

**Demetrio Montesión**

y colaborarán los mejores pintores y dibujantes del mundo.

Lea usted

## TESTAS Y TIESTOS CORONADOS

Interesante folleto que acaba de publicar el valiente escritor

**Angel Samblancat**

LOS PEDIDOS

a "**Prensa Roja**"

ALCALA, 177 MADRID